

LA BASKONIA

REVISTA ILUSTRADA

AÑO XXI

BUENOS AIRES, MAYO 20 DE 1914

Nº 743



—*Erori-planua edo trastiore, ageri ezdanean, hrra jua da eta giyariyak ezpadiyo ondo eutzi makinari, erruki det.*

(Dibujado de Iraola)



SOBRE EL ORIGEN DE LOS IBEROS

PUEBLO primitivo llama Blanc Saint-Hilaire á los "Euskaros", y dice que éstos, con el nombre de iberos, ocuparon la España en toda su extensión; y tribus de esta raza se situaron en las Galias, y poblaron también la primitiva Italia, "hecho histórico incontestable hoy".

Asimismo poblaron el Norte de Africa y el mediodía de Asia. Y las provincias vecinas del Cáucaso son la cuna de los iberos, de los cuales los euskaros traen su origen.

Al sostener la procedencia ibera de los baskos, pónelos en contacto con el primitivo modo de ser de los otros pueblos orientales, antes que ninguno de éstos comenzara las emigraciones.

Los sacerdotes celtas dieron á los euskaros el nombre de "hijos del sol"; pero las voces baskongadas "eguzkia" "ekkia", que significan el sol, expresan, no solamente la luz material, el día físico, sino la luz del espíritu, la verdad; de donde se descubre en estos "hijos del sol", á los hijos de la civilización y de la verdad de la edad primera.

En el Japón, dice, Dios ó la Divinidad se llama "Kami"; en la isla de Yeso "Kamoi"; entre los ostiakos y samoyedos, habitantes de las dos vertientes del Cáucaso, "Kamo". Y para todos ellos "Kami" era el dios del sol ó el sol mismo.

"Kamo", Kamoi" ó "Kami" probablemente no es otro que el dios "Cham" ó el "gran Chamos" que adoraban los moabitas, sirios y capadocios. Y todos estos pueblos, que aún no se habían dispersado buscando ensanche en las emigraciones, debieron tener relaciones numerosas y un cambio mutuo de ideas religiosas, costumbres y lengua.

Y esta suposición, prosigue Saint-Hilaire, parece traducirse en realidad cuando se tienen en cuenta las coincidencias sorprendentes entre la lengua baska y la japonesa.

He aquí, añade, ejemplos difíciles de ser explicados sin una causa que se remonte al origen común de estos dos pueblos.

Henri O'shea, en su sección el "Tipo Euskaro ó Basko", tratando del origen de los baskongados escribe, que en Asia es en donde se han encontrado los orígenes de los baskos, y cree que Campbell, Sayce, Wright, Conder y Perrot han señalado el camino. Que á estos se deben los últimos descubrimientos arqueológicos sobre la antigüedad de los hittitos, confederación en la que se halla enclavada la "Iberia" ó "Isberia", región de los habitantes denominados "Iberos" en la provincia armeniana de los "Syspiritos", á quienes Estrabón citó; región rica en minas de oro y bronce, vecina inmedia-

ta de la Aña-Colchis, y que Herodoto colocó á los iberos ó saspiros sobre el gran camino comercial de las Indias á la Cólchide, de las cuales son intermediarios.

Dice también, que las inscripciones mortuorias de la antigüedad que se encuentran al Oeste de la Siria, en el Asia Menor, en Italia, España, Irlanda y Escocia son iberas, y se traducen por el baskuenze; y presenta la inscripción funeraria número 16 del libro de Campbell, que es la hallada en la isla de Mau, y dice así:

SILABARIO PICTE, TRANSLITERACION

Ba ma u saka . . . ba ra ka ra u ku sa ba ne u
ma ra ne ra ku u ka ma sa ka u ba go u ma ne
sa tu ma ra ka ku.

BASKO

Obi mai soka . . . borrokara Ukusaba zu ne o
ema ranoroko aita Ukamasa bai bagasa oema ne
azte maragogo.

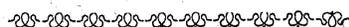
TRADUCCION LITERAL

Tumba tablita vista por . . . guerrero Ukasaba.
Para atención vos dar hacia padre Ukamasa, ve-
nerado difunto, atención dando para mostrar
recuerdo.

TRADUCCION LIBRE

Por la presencia de esta lápida mortuoria . . .
á vosotros que consideráis el guerrero Ukasaba
os exhibe á su venerado difunto padre Ukama-
sa, erigiendo así un recuerdo (ó memoria) para
quien sabe comprender.

L.



Víctor Hugo en Baskonia

La casa donde vivió el poeta

En 1843 Víctor Hugo visita este rincón del mundo. ¿Qué le trajo, qué motor espiritual lo espoléo á esta excursión? ¿Qué creemos de las leyendas románticas y aventurescas, de los rumores amorios con que algunos rodean la estancia entre nosotros del poeta?

Pasemos adelante. Lo cierto es que el poeta nos visita, recorre nuestro pueblo y habla de él. Compiladas se hallan sus impresiones en el tomo que lleva por título general "Alpes y Pirineos".

Amaba el poeta las excursiones al campo. Las hacía á menudo. En varios pasajes de sus libros hallamos esta expresión: ¡qué horror esa calle de Rívoli que el poeta contempla y atraviesa en París tantas y tantas veces! ¡Qué sensación de libertad lejos de aquella calle, símbolo de las "ciudades tentaculares" que un poeta del siglo XX, el belga Verhaeren, ha condensado en sus libros!

Es en el estío de 1843 cuando el poeta visita este rincón euskérico. Su primera impresión desde España está datada en San Sebastián. Cuenta en ella el poeta la emoción que le ha causado, entrando ya en España, el chirrido de una carreta de bueyes. ¿Por



qué esa emoción que el poeta narra emocionado, esa música que crispa tantos nervios, hace rechinar tantos dientes y provoca las protestas de todos—ó casi todos—los viajeros que no son Víctor Hugo?

Es que este chirrido en la montaña evoca en el poeta las horas de su infancia: las horas y los días ya lejanos, que pasaron para no volver; las horas y los días en que, siendo niño, atravesó estas mismas montañas, oyó este mismo horrísono chirrido que ahora, después de muchos años, vuelve á escuchar embelesado, estático, arrobado, "románticamente"...

Ya le tenemos á Víctor Hugo en San Sebastián. En otra ocasión narraremos las impresiones del poeta en esta ciudad coqueta que en 1843, cuando alojó á nuestro héroe, se hallaba todavía apresada en sus muros de ciudad de guerra. Ya le tenemos al poeta entre nosotros. Un día, Víctor Hugo sale á pasear. Atraviesa el puente sobre el Urumea; paga un cuarto por este pasaje; ya está en el campo, frente á un sendero que se aleja al frente. Víctor Hugo camina ensimismado por el camino. "Tenía mis ojos vueltos y abiertos hacia dentro—dice—y no veía la Naturaleza, sino mi espíritu."

No veía la Naturaleza: veía su espíritu.

Caminaba ensimismado, absorto, el gran poeta. ¿En qué pensaba? ¿Qué locuras románticas, qué quimeras ardían en su imaginación?

El mismo poeta nos declara que no sabe cuánto tiempo caminó de esta suerte. De repente, un ruido agudo, compuesto de mil gritos extraños le despierta. El poeta está entre dos colinas limitadas por altas montañas que cierran el horizonte. El camino que sigue conduce directamente á un brazo de mar, en que termina. Y aquí, al borde de este mar y este camino, unas cincuenta mujeres, en fila, "como una compañía de infantería"; parecen esperar á alguien, llamarle, reclamarle, con chillidos formidables.

La cosa le maravilla extraordinariamente; pero lo que redobla su sorpresa es reconocer que el tan esperado, tan llamado, tan reclamado, es él. El camino

está desierto: el único en el camino es él: "toda esta borrasca de gritos se dirigía á mí."

—Señor francés, venga usted conmigo!

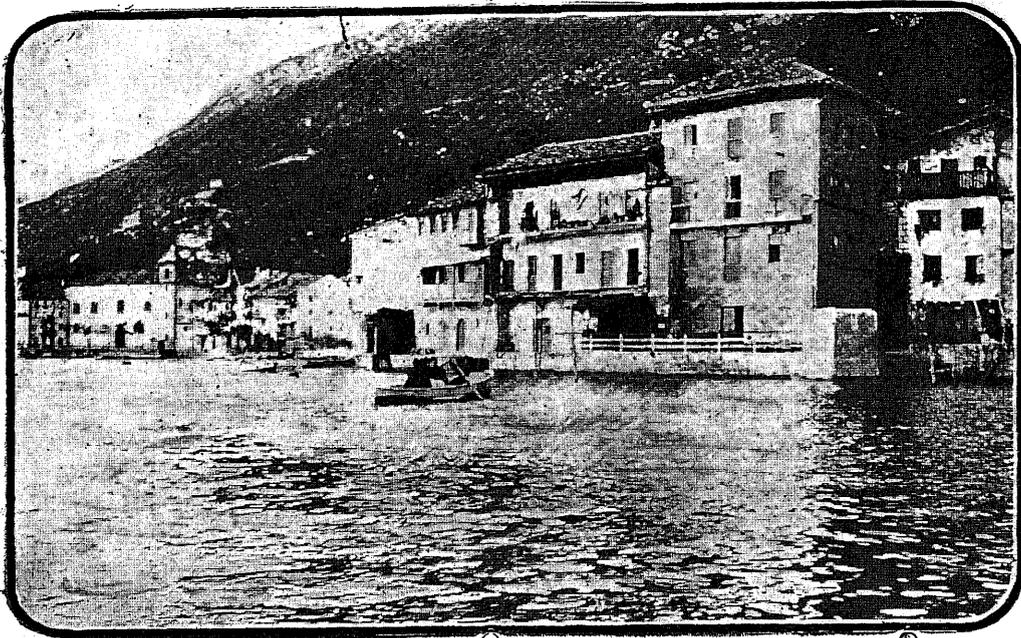
—Conmigo, caballero!

—Ven, hombre, muy bonita soy!

Víctor Hugo tenía pretensiones de hablar el español; también las tenía de hablar el idioma baskongado. Pero cuando leemos sus transcripciones castellanas ó baskas, sentimos que una sonrisa asoma á nuestro rostro. Porque—digámoslo respetuosamente—Víctor Hugo, en sus acotaciones, estropea magníficamente el castellano y hace de las frases baskas un verdadero batiburrillo. Pero ¿no es curioso y pintoresco observar en este grande y culminante poeta, representante de la tendencia literaria más revolucionaria de los últimos tiempos, este "infantilismo" tan característicamente romántico, que luego, los lejanos lectores de París, han de admirar perinclitamente, formidablemente?

El poeta monta en una barquichuela. Dos mujeres la gobiernan: una de estas mujeres es joven, la otra es ya anciana. Esta es la madre, la otra es su hija. "La hija, muy bonita y alegre"—dice el poeta.—La barca se desliza por el golfo.

Y, unos segundos más tarde, atraca á la ribera opuesta. De súbito, como mágicamente, aparece ante sus ojos un divino espectáculo. Una cortina de altas montañas verdes recortando sus cimas sobre un cielo radiante; al pie de estas montañas, una hilera de casas estrechamente yustapuestas; todas estas casas pintadas de blanco, de azafrán, de verde, con sus dos ó tres pisos de balcones inmensos, abrigados por el prolongamiento de dos anchos tejados rojos de tejas cóncavas: en todos estos balcones mil cosas flotantes, lienzos tendidos á secar, redes, andrajos rojos, amarillos, azules; al pie de estas casas el mar: á la derecha, una iglesia blanca; á la izquierda, al pie de la montaña, otro grupo de casas con balcones, que conducen á una vieja torre desmantelada; navíos de toda forma y embarcaciones de todos los tamaños aline-



PASAJES. (La casa donde residió Víctor Hugo, es la que se vé en el centro, señalada con la cifra 1, en la parte superior del frontis).



das y en el cielo, una vida, un movimiento, un sol, un azur, un aire y una alegría indecibles: he ahí lo que el poeta tiene ante sus ojos.

¿Qué impresión produce en el poeta este espectáculo? Tengamos en cuenta que aun están sin explotar nuestras bellezas naturales ni nuestra riqueza industrial; que no existen apenas caminos ni comunicaciones, que las líneas férreas no han sido aún tendidas; que no hay todavía Sindicatos de Iniciativa ni propaganda turísticas; que no existen prospectos ni se han vulgarizado por Europa los paisajes pirenaicos. En estas condiciones, el turista de 1843 es un turista de excepción. ¿A qué incomensurable altura no hubiera puesto cualquier otro pueblo los elogios de Hugo? ¿Quién no hubiera explotado la rica cantera de su vocabulario de sus epítetos, de sus admiraciones?

El espectáculo que tiene el poeta ante sus ojos le sugiere. "Este sitio es magnífico y encantador—declara,—como todo lo que tiene el doble carácter de la alegría y de la grandeza; este lugar inédito, que es uno de los más bellos que yo he visto y que ningún turista visita; este humilde rincón de tierra y de agua que sería admirado si estuviera en Suiza y célebre si estuviera en Italia, y que es desconocido porque está en Gipúzkoa; este pequeño edén radiante á donde llego por casualidad, sin saber dónde voy, sin saber dónde estoy..."

Víctor Hugo está en Pasajes.

Viajeros que pasáis á Francia, ó venís de la fer-viente Europa á las tierras de Castilla: ¿no habéis atalayado, desde la ventanilla del tren, al fondo de este golfo de Pasajes, el espectáculo que nos describe el poeta? ¿Y cuántos de vosotros, políticos y artistas, sociólogos y literatos, cuántos de vosotros habéis echado pie á tierra, cuántos de vosotros os habéis sentido atraídos, sugestionados por este paisaje, por esta fiesta topográfica que os brinda la Naturaleza, por este espectáculo que vais á buscar á lo lejos, en la montañosa Suiza ó en la riente Italia? ¿No os está dando una lección patriótica y estética este pobre turista que ya en 1843—71 años hace—se ha deleitado en este paisaje y os ha puesto por las nubes este pequeño pueblo de un rincón delicioso de la patria?

De vuelta á San Sebastián, Víctor Hugo anuncia en su posada que al día siguiente se va á instalar en Pasajes.

"Esto—dice el poeta—ha causado un espanto general."

—¿Qué va usted á hacer allí?—le preguntan.—¿Aquello es un agujero! ¿Un desierto! ¿un país de salvajes! Allí no encontrará usted posada!

—Me instalaré en la primera casa que se presente—contesta Víctor Hugo.

—¿Pero si no tienen tejado las casas, ni puerta los cuartos, ni colchones las camas!

—Aquello debe ser curioso.

—Pero ¿y qué comerá usted?

—Lo que haya.

—Allí no habrá sino pan musido, sidra podrida, aceite rancio y vino de piel de macho cabrío.

—Ensayaré este régimen.

—Pero, señor, ¿está usted decidido?

—Decidido—dice el poeta.

—Usted hace lo que nadie osaría hacer aquí.

—¿En verdad? Eso me sugiestiona.

—¿Ir á dormir á Pasajes! ¿Eso no se ha visto nunca!

—Y casi—dice nuestro viajero,—casi se hacían de cruces.

"Nada he querido entender—añade,—al día si-

guiente, á la hora de la marea, he salido para Pasajes."

Y ya le tenemos al bueno de Víctor Hugo en este pueblecillo extraño. Habita una casa que tiene una fachada sobre el puerto. La casa existe todavía. Perduran todavía algunos muebles que usó el gran poeta. La mesa en que escribía, está allí. El balcón en el cual se distraía, hacía sus opíparos y suculentos banquetes, allí perdura aún. Perdura aún la escalera que oprimió con sus pies el héroe, perduran las ventanas á las cuales se asomaron sus ojos, las puertas que sintieron el tacto de sus manos.

Y vosotros, lectores, podéis aún permitir el placer inefable de hollar sus mismas huellas, de palpar las maderas que palpaba, de abstraeros en la misma habitación que Víctor Hugo pensó sus escritos desde España.

Convertida está la casa en un museo. Las estancias no han sido reformadas. Aquel cuartito, con su balcón corrido sobre el golfo, el mar á sus pies, parece que vive de la vida suprema é inextinguible de las evocaciones.

Si sois artistas, si la ráfaga extraña de la emoción anida en vuestros pechos, si cultiváis los héroes y el soplo de los siglos no pasa en vano sobre vuestros espíritus, sentiréis, aquí, entre estos muros, que un algo inefable y melancólico os invade...

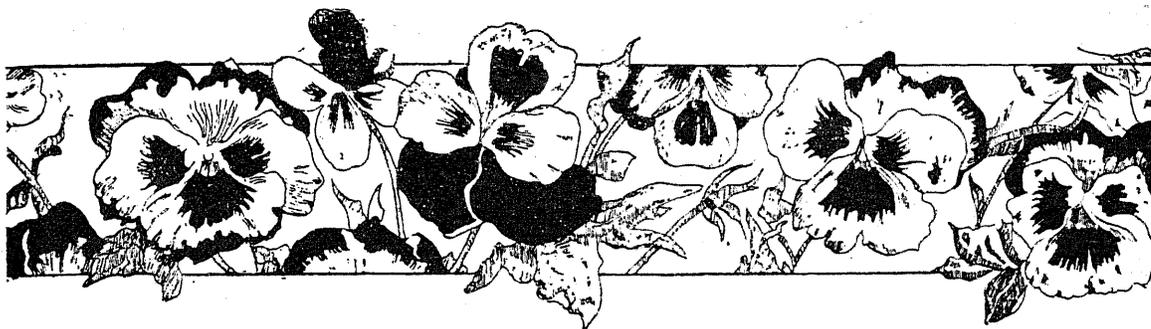
Los periódicos han dado la noticia. El Ayuntamiento de Pasajes retira de sus presupuestos la asignación con que dotaba á una pobre mujer que cuida de esta casa que habitó el poeta. Y otro poeta que allá, en la patria, ha sentido el eco de esta magnanimidad, ha remitido esa asignación que el Ayuntamiento ha rayado en sus presupuestos, esa pobre asignación á la pobre mujer que ha de cuidar la casa que habitó Víctor Hugo.

¿Por qué ese Ayuntamiento ha tomado acuerdo semejante? ¿Es que sus recursos son exiguos, ó es que la pasión política ha envenenado el asunto?

No: el poeta merece el cariño de ese pueblo. Palabras ardorosas y entusiastas han brotado de su pluma, y han dado á conocer al mundo todo este rincón de Euzkeria. ¿Quién lo ha ponderado antes y con más elocuencia? ¿Quién se ha acordado del pequeñito burgo de pescadores que se alinea á los bordes del mar y la montaña? ¿Qué grande, genial y universal artista lo ha cantado con más sublime entusiasmo? ¿Quién ha recorrido sus calles, quién ha escrutado sus viviendas, quién admirado sus templos, quien gravitado sus montañas, quien conversado y familiarizado con sus habitantes como este egregio genio, que habló de este rincón euskérico cuando mayor era su gloria?

Pues bien; no seamos ingratos. Tópico corriente es mostrar al pueblo baskó como prototipo del reconocimiento, de la fidelidad y del afecto. No seamos negligentes en rendir nuestro aprecio, en cultivar al héroe que nos canta, para que no nos llamen olvidados ó desafectos los de fuera.

El caso de Víctor Hugo es este; no: no le olvidemos. Es en 1843: 71 años hace. Nadie se acuerda de este rincón del mundo. Un hombre lo atraviesa, escrutando con sus ojos de bondad, con sus ojos paternales, todo cuanto hay que ver: las montañas, el mar, las casas y las hosterías, las iglesias; casas, hosterías, iglesias que ahora las vemos vinculadas á este hombre que pasa inadvertido, como un cualquiera, siendo así que toda la Europa civilizada y consciente tiene sus ojos fijos en él...



YURRUMENDI EL FANTASTICO

En mi tiempo, el muelle largo de Lúzaro, que en baskuenze se llama *Kay luze*, no era tan ancho ni tan bien empedrado como ahora; tenía pequeña muralla, y en vez de terminar en el Rompeolas, concluía en las mismas peñas.

A todo lo largo del muelle, en aquella época y en ésta, sigue pasando lo mismo; había casas de pescadores con balcones, ventanas y galerías de madera, adornadas por colgaduras formadas por camisetas encarnadas, medias azules, sudetes amarillentos, aparejos y corchos.

En estas casas hay siempre ropa tendida, lo que depende, en parte, del instinto de limpieza de esa gente pescadora, y en parte, de lo difícilmente que se seca lo impregnado por el agua del mar.

Entre las casas de á lo largo del muelle de *Kay luze*, antes como ahora había algunos almacenes de carbón, y una fila de tabernas, en donde los pescadores se reunían y se reúnen á beber y á discutir, y que destilaban, sobre todo los domingos, por su única puerta, una tufarada de sardina frita, de atún guisado con cebolla, y de música de acordeones.

Entre aquellas tabernas había la del *Telescopio*, la de la *Bella Sirena*, la del *Holandés*, la *Goizeko Izarra* (Estrella de la mañana); y la más célebre de todas era la de Joshe Ramón, conocida por *Geszur-rechape de Kailuze*, ó sea, en castellano, el Mentidero del muelle largo.

En este muelle, y á pocos pasos del Mentidero, tenía su taller el padre de Zelayeta. En la ventana de la casa, convertida en escaparate, exponía poleas de madera, faroles de pescar, un cinturón de salvavidas...

El padre de Zelayeta trabajaba en su torno con un aprendiz, y, mientras él torneaba, solían sentarse á la puerta, á charlar, algunos amigos.

Yo me había hecho íntimo de Chomin Zelayeta. Chomin era muy hábil y muy paciencioso. Llegó á domesticar un gavián pequeño, y el pájaro, cuando se hizo grande, reñía con todos los gatos de la vecindad. Los días de tormenta se ocultaba en algún agujero obscuro, y no salía hasta que pasaba.

Zelayeta sentía, como yo, el entusiasmo por la isla desierta y por los piratas, y, como tenía talento para ello, dibujaba los planos para los barcos en que íbamos á navegar los dos, y de las islas desconocidas en donde pasaríamos el aprendizaje de Robinsones.

Nuestra inclinación aventurera, en la cual latía ya la inquietud atávica del basko, pudo aumentarse más oyendo las narraciones de Yurrumendi el piloto, el viejo y fanático Yurrumendi, amigo y contertulio de Zelayeta padre.

Eustasio Yurrumendi había viajado mucho; pero

era un hombre quimérico, á quien sus fantasías turbaban la cabeza. Todos tenemos un conjunto de mentiras que nos sirven para abrigarnos de la frialdad y de la tristeza de la vida; pero Yurrumendi exageraba un poco el abrigo.

Era Yurrumendi un hombre enorme, con la espalda ancha, el abdomen abultado, las manos grandísimas siempre metidas en los bolsillos de los pantalones, y los pantalones á punto de caérsele, tan bajo se los ataba.

Tenía una hermosa cara noble, roja; el pelo blanco, patillas muy cortas y los ojos pequeños y brillantes. Vestía muy limpio; en verano, unos trajes de lienzo azul, que á fuerza de lavarlos estaban siempre desteñidos; y en el invierno, una chaqueta de paño negro, fuerte, que debía de estar calafateada como una gabarra. Llevaba una gorra de punto con una borla en medio. Era soltero, vivía solo, con una patrona vieja; fumaba mucho en pipa, andaba tambaleándose y llevaba un anillo de oro en la oreja.

Yurrumendi había formado parte de la tripulación de un barco negrero; navegando en buques franceses, armados en corso; vivido en prisión por sospechoso de piratería. Yurrumendi era un lobo de mar. El Atlántico le conocía desde Islandia y las islas de Lofoden, hasta el Cabo de Buena Esperanza y el de Hornos. Sabía lo que son las tempestades del Pacífico y los tifones del mar de las Indias.

Yurrumendi había visto mucho; pero más que lo que había visto, le gustaba contar lo que había imaginado.

A Chomin Zelayeta y á mí, nos tenía locos con sus narraciones.

Nos decía que en el fondo del mar hay, como en la tierra, bosques, praderas, desiertos, montañas, volcanes, islas madreporicas, barcos sumergidos, tesoros sin cuento y un cielo de agua casi igual al cielo de aire.

A todo esto, muy verdad, unía las invenciones más absurdas.

—Algunas veces—decía—el mar se levanta como una pared, y en medio se ve un agujero como si estuviera lleno de perlas. Hay quien dice que, si se mete uno por ese agujero, se puede andar por tierra.

—¿Y á dónde lleva ese agujero?—preguntaba alguno con ansiedad.

—Eso no se puede decir aunque se sepa—contestaba seriamente Yurrumendi;—pero hay quien asegura que dentro se ve una mujer.

—Alguna sirena—decía el padre de Zelayeta con ironía.

—¿Quién sabe lo que será!—replicaba el viejo marino.



Siempre que Yurumendi hablaba de sí mismo, lo hacía como si se tratara de un extraño, en tercera persona. Así decía: Entonces Yurumendi comprendió... Entonces Yurumendi dijo tal cosa...

Parecía que sentía ciertas dudas sobre su personalidad.

Yurumendi tenía una fantasía extraordinaria. Era el inventor más grande de quimeras que he conocido. Según él, detrás del monte Izarra, un poco más lejos de Frayburu, había en el mar una sima sin fondo. Muchas veces, él echó el escandallo; pero nunca dió con arena ni con roca. Se le decía que su sonda era, seguramente corta; pero Yurumendi aseguraba que, aunque fuera de cien millas, no se encontraría el fondo.

Respecto á la cueva que hay en el Izarra, frente á Frayburu, él no quería hablar y contar con detalles las mil cosas extraordinarias y sobrenaturales de que estaba llena; le bastaba con decir que un hombre, entrando en ella, salía, si es que salía, como loco. Tales cosas se presenciaban allí. Bastaba decir que las sirenas, los unicornios navales y los caballos de mar, andaban como moscas y que un gigante con los ojos encarnados tenía en la cueva su misteriosa morada.

Este gigante debía ser hermano, ó por lo menos primo, de otro, no se sabe si tan grande, pero sí con los ojos rojos, que en época de mayor candidez y de mayor temor de Dios aparecía en Donosti, entre las rocas de la Zurriola, con un pez en la mano, y á quien se le preguntaba:

*Onentzaro begi gorri
Num arrapatu dek array ori?*

(¿Onentzaro, el de los ojos encarnados, dónde has cogido ese pez?)

Y el pobre gigante de los ojos encarnados, en vez de desdeñar la pregunta impertinente de su interlocutor, contestaba con amabilidad:

*Bart arratzean amaiketean
Zurriyolako arroketan.*

(Ayer noche, á las once, en las rocas de la Zurriola).

No sé á punto fijo en qué categoría colocaba Yurumendi á su gigante de los ojos encarnados; pero creo que no le consideraba á la altura de la *Egan sugia*, la gran serpiente alada del Izarra, con sus alas de buitres, su cara siniestra de vieja y su aliento infeccioso.

Nos hablaba, también, Yurumendi, de esos-pulpos gigantescos con sus inmensos tentáculos, que pueden hacer naufragar una fragata; del mar de los Sargazos, en donde se navega por tierra, por verdadera tierra, que se abre para dejar pasar un buque; de los países donde nievan plumas; de los delfines, que tienen esa extraña simpatía mal explicada por los hombres; de las sentimentales ballenas, cuya desgracia es pensar que la humanidad estima más su aceite que su melancólico corazón; de los mil enanos jorobados y extravagantes de las costas de Noruega; de las serpientes de mar que persiguen, aullando, á los barcos; de la araña del Kraken, en el pino de Portland, en Inglaterra, y de ese monstruo terrible del Maelstrom, cuyas fauces sorben el mar y tragan las imprudentes naves haciéndolas desaparecer en sus gigantescas entrañas. También le daba mucha importancia á la *Curcushada* (los cuernos de la luna), que creía que tenía una gran relación con la vida de los hombres.

Otro de los motivos favoritos de Yurumendi, era la descripción de la isla del Fuego, en donde él había estado más de una vez. En esta isla, en la cumbre de una montaña inaccesible, arde un fuego intermitente que se enciende de noche y se apaga de día.

Alguno pensaba que quizá se trataba de un volcán cuyas llamas no se pueden ver á la luz del sol; pero Yurumendi aseguraba que esta hoguera la hacían todas las noches las almas de los marineros del célebre pirata Kidd, que guardan allí un inmenso tesoro escondido.

Otra de las cosas más interesantes que algunos llegaban á ver en el mar, según Yurumendi, era un buque fantasma, tripulado por un capitán holandés. Este perdido, borrado, blasfemador y cínico pirata, anda, con un equipaje de canallas, haciendo fechorías por el mar. Si el maldito holandés se acerca al barco de uno, el vino se agita, el agua se enturbia; la carne se pudre. Si le envía á uno una carta, ya puede uno no leerla, porque se vuelve uno loco inmediatamente, tales absurdos y mentiras dice.

Yurumendi contaba que sólo una vez había visto, á lo lejos, al maldito holandés; pero, afortunadamente no se le había acercado.

Otras veces, el viejo marino nos contaba una serie de crueldades horribles: piratas que mandaban cortar la lengua ó las manos á los que caían en su poder; otros que echaban al agua á sus enemigos, metidos en una jaula, y con los ojos vaciados. Nos hacía temblar, pero le oíamos. Hay un fondo de crueldad en el hombre, y sobre todo en el niño, que goza obscuramente cuando la barbarie humana sale á la superficie.

Casi siempre, al hablar de las piraterías y de las brutalidades de los barcos negreros, Yurumendi solía recordar una canción en baskuenze.

—Esta canción—solía decir—la cantaba Gastibeltza, un piloto paisano nuestro, de un barco negrero en donde yo estuve de grumete. Gastibeltza solía cantarla cuando dábamos vuelta al cabrestante para levantar el ancla, ó cuando se izaba algún fardo.

—¿Cómo era la canción?—le decíamos nosotros, aunque la sabíamos de memoria.—¡Cántela usted!

Y él cantaba con su voz ronca de marino, formada por los fríos, las nieblas, el alcohol y el humo de la pipa:

*Aterakiyok
Emanakiyok
Aurreko orri
Elduakiyok
Orra! Orra!
Zinzaliyok
Itsastarra oh! oh!
Balesakiyok.*

Lo que quería decir en castellano: "¡Sácale! Dale! A ese de adelante, agárrale. Ahí está, ahí está, cuélgale, marinero, oh! oh! Puedes estar satisfecho."

Nadie cantaba esta canción como Yurumendi; al oirla, yo me figuraba una tripulación de piratas al abordaje, trepando por las escalas de un barco, con el cuchillo entre los dientes.

Para Zelayeta y para mí, los relatos de Yurumendi fueron una revelación. Estábamos decididos; seríamos piratas, y después de aventuras sin fin, de desvalijar navíos y bergantines, y burlarnos de los cruceros ingleses; después de realizar el tesoro de viejas onzas mejicanas y piedras preciosas, que tendríamos en una isla desierta, volveríamos á Lúzaro á



contar, como Yurrumendi, nuestras hazañas. Si por acaso teníamos loro, para que no nos denunciase, como contaba la *Inure*, le ataríamos una piedra al cuello y lo tiraríamos al mar.

Zelayeta hizo el plano de la casa que construiríamos fuera del pueblo, en un alto, cuando volviéramos á Lúzaro.

En aquella época, Yurrumendi era nuestro modelo; solíamos andar, como él, balanceándonos con las piernas dobladas y los puños cerrados, y fumábamos en pipa, aunque yo, por mi parte, á las dos chupadas no podía con el mareo.

Cuando nuestro amigo, el viejo lobo de mar, estaba más alegre que de ordinario, contaba cuentos. Sus cuentos no se diferenciaban gran cosa de las historias que él tenía por verdaderas.

Pero entre ellos había uno á quien él daba infinitas variantes.

El asunto se reducía á un marinero, buena persona, aunque un poco borracho, que se encontraba con un viejo mendigo zarrapastroso y sucio. El mendigo pedía, humildemente, un ligero favor, el marinero se lo hacía, y el viejo resultaba nada menos que San Pedro, que en agradecimiento concedía al marinero un don.

Este don variaba en los diferentes cuentos; en unos era una bolsa, de donde salía todo lo que se deseaba con decir unas cuantas frases sacramentales; en otros, una semilla maravillosa que plantada se convertía en poco tiempo en un árbol, de tal naturaleza,

que daba madera para diez ó doce fogatas y otros tantos bergantines, y todavía sobraba.

Le gustaba á Yurrumendi, cuando relataba estos cuentos extraordinarios, documentar sus narraciones con una exactitud matemática, y así, decía: "Una vez, en Liverpool, en la taberna del Dragón Rojo..." ó si no: "Nos encontrábamos en el Atlántico á la altura de Cabo Verde..."

Cuando se trataba de un barco, siempre tenía que explicar con detalles la clase de su aparejo, su tonelaje y sus condiciones marineras.

Ultimamente, las serpientes aladas, las sirenas, las brujas y la *Kurkushada*, en combinación con la vejez y con el alcohol, le trastornaron un poco. Yo, que, de muchacho, tenía cierto ascendiente sobre él, intentaba convencerle de que debía tomar aquel mundo fantástico como real, si quería; pero sin darle demasiada importancia.

El solía replicarme, de una manera solemne:

—Shanti, tú sabes más que nosotros, porque has estudiado; pero otros de más edad y de más saber que yo han visto estas cosas.

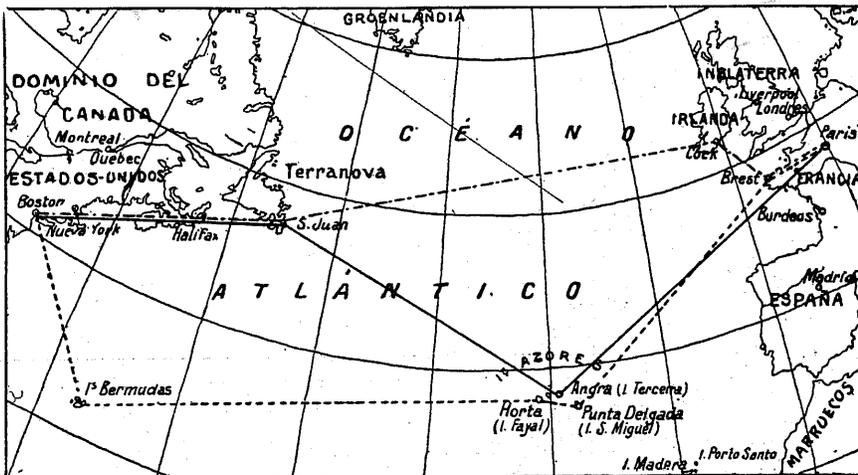
—Es verdad—decía algún viejo amigo suyo.

¡Pobre Yurrumendi! Daría cualquier cosa por verle en la tienda de poleas de Zelayeta ó en el *Gezurrechape de Kai luze*, contando sus cuentos; pero los años no pasan en balde, y hace ya mucho tiempo que Yurrumendi duerme el sueño eterno en el Campo Santo de Lúzaro.

Pío Baroja

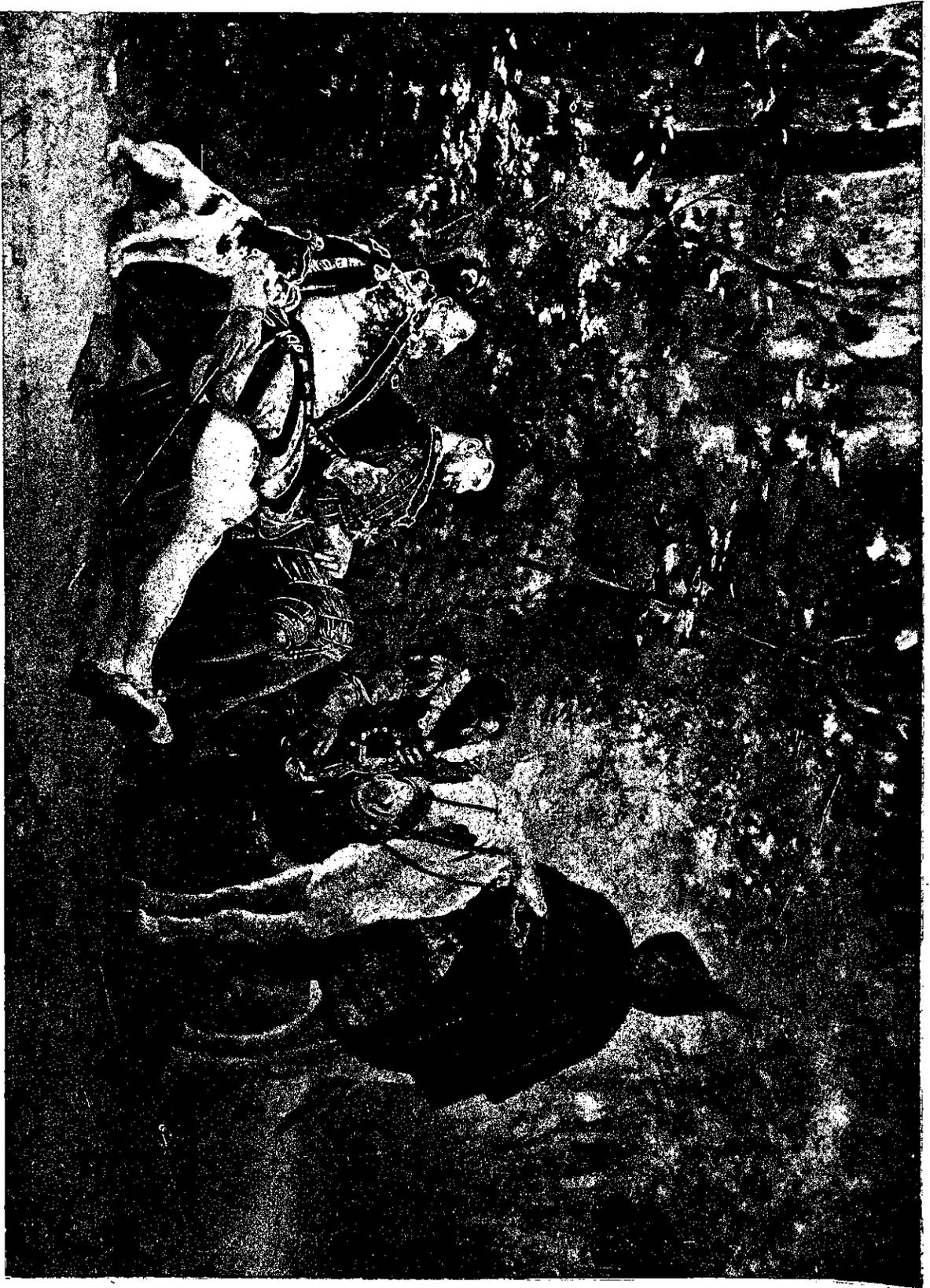
LA TRAVESÍA DEL ATLANTICO EN AEROPLANO

El famoso periódico inglés "Daily Mail" ha ofrecido 250 000 francos al aviador que atraviese el Atlántico, haciendo el "raid" Europa-América, y, según parece, Mr. Rodman Wanamaker, de Filadelfia, se propone optar al premio con un hidroavión Curtiss, de 200 caballos. Hace apenas cinco años, la hazaña de Blériot cruzando el canal de la Mancha pasmó al mundo entero. Hoy, que un aviador se proponga cruzar el Atlántico, nos parece casinatural; á tales proezas nos tienen acostumbrados esos hombres que no conocen el miedo. Sin embargo, como observa muy acertadamente "La Nature", el que Wanamaker consiga su intento, como Garros consiguió el suyo de atravesar el Mediterráneo, no resuelve nada. Eso quiere decir únicamente que un hombre osado, y favorecido por las circunstancias, puede cruzar el Atlántico ó el Mediterráneo; pero no que una travesía tan larga sea hoy normalmente posible. A ello, no obstante van encaminados los estudios del ingeniero francés Alejandro Dumas, el cual se propone construir un avión monstruo de 400 metros cuadrados de superficie, 300 caballos de fuerza, capaz de llevar diez pasajeros, con cierta seguridad, y



aun con cierto "confort", pues los viajeros han de comer, dormir y descansar durante el trayecto.

Queda también por resolver la cuestión de cual sea el trayecto más rápido y más seguro. Dumas propone el de las Azores y Terranova, con las etapas siguientes: Paris-Angra (Azores), 34 horas: Angra (Azores) San Juan (Terranova), 31 horas: San Juan (Terranova)-Nueva York, 22 horas. Añadiendo diez horas para paradas y abastecimientos, se tiene un total de 97 horas para toda la travesía. Otras personas entendidas en estos achaques de aviación proponen otros trayectos que lo mismo que el de Dumas, hemos señalado en el mapa que precede á estas líneas.



El hermano limosnero (Cuadro del pintor bilbaíno Zamacoiz)

Situetas

José M.^a de Usandizaga

MUSICALMENTE hablando, el joven compositor gipuzkoano José María de Usandizaga, es el hombre del día. Primeramente triunfó en nuestro país con su bella ópera 'Mendi-Mendiyan', y poco después alcanzó con "Las Golondrinas" un éxito ruidoso en Madrid, pero de esos éxitos que han tenido una repercusión rara vez igualada.

De la primera de las obras citadas, nos hemos ocupado oportunamente en estas columnas, con la amplitud requerida; pero hoy absorbe la atención "Las Golondrinas" escrita en el caserío "Aguerre" que reproducimos á la vuelta.

El libreto de este drama lírico en tres actos, corresponde al conocido literato D. Gregorio Martínez



Sierra. Se trata de una obra de pasión, de pasión impetuosa y avasalladora, que oculta bajo la grotesca envoltura del titiritero, palpita vigorosa, indomable, ofreciendo á Usandizaga un vasto horizonte á sus talentos de compositor "de fibra" y de instrumentista de altos vuelos.

En San Sebastián, ciudad natal de Usandizaga, había vivísimos deseos por conocer dicha obra, y en los diarios que hemos recibido de la Bella Easo, vemos con agrado los nuevos aplausos que le ha prodigado el público de la capital gipuzkoana, y los juicios altamente encomiásticos que le dedica la prensa.

El laureado Orfeón Donostiarra, prestó su valioso concurso al mayor lucimiento de su interpretación, y no hay por qué decir que alcanzó una brillantez extraordinaria, entusiasmando al público que ovacionó á su autor calurosamente.

Es de esperar que las emociones experimentadas por Usandizaga no le desvíen del campo operístico basko que tan felizmente se iniciara, y confiamos que en sus futuras obras, ha de entregarse á llevar al pentágono los viejos y sentimentales motivos de las montañas euskaras, contribuyendo al enriquecimiento del nacimiento teatro basko, cuyos jalones están trazados por Zubiaurre, Santesteban, Azkue, Zapirain y Guridi.

En ese sentido hay aun mucho por hacer en nuestro país, pues sus variadas costumbres, sus bailes, sus tipos y su música son preciosos elementos utilizables en futuras producciones.

Ya hemos dicho otras veces, y lo repetimos hoy, que en materia de arte, cuenta el país basko con asuntos incomparables de todo género, que nuestros escritores y músicos, podrán adaptarlos para el teatro.





ARGUMENTO DE "LAS GOLONDRINAS"

Forma la trama del argumento del libreto, hábilmente escrito por el señor Martínez Sierra, un conflicto altamente dramático, que avanza, se agrava y al fin estalla trágicamente entre gentes que viven en un ambiente externo de alegría, entre gentes que viven de hacer reír á los demás, mientras su corazón sangra; en suma, entre titiriteros y payasos.

Una mujer frívola, ambiciosa, con corazón que sólo late por el lujo y por los mundanos placeres, complácese en atormentar á un pobre payaso, bueno y soñador, que la adora y que adora su oficio. Otra mujer, de alma y carácter por igual encantadores, menos soñadora que el clown, pero igualmente enamorada de su vida errante, ama al infeliz desdenuado de la primera, sin que su noble pasión sea correspondida, por la sencilla razón de que el payaso, que sólo tiene ojos para contemplar á su amada, no ha sabido verla. Tal es, en breves palabras, la substancia del drama, y tal la situación en que sus personajes se nos presentan al comenzar el acto primero, en el que los encontramos preparándose á divertirse, como honrados titiriteros, á los aldeanos de un pueblo de Castilla, en cuya plaza han instalado su barracón.

Cecilia, la titiritera ambiciosa, ensobrecida por los elogios que de ella hace el público, como artista y como mujer, medita su fuga; Puck, el payaso, sólo piensa en la mujer que le desprecia y en la pantomima de "Gerineldos y Melisendra" que con ella debe representar en breve, y Lina, la hija del director de la pequeña compañía, artista viejo y un tanto aficionado al mosto, sueña con su amor imposible y, alegre siempre, siempre abnegada, se consuela cantando y sacrifica su pasión procurando reconciliar á los dos amantes. Entretanto, los hermanos de Lina, Bobby y Juanito, dan la nota cómica disputándose la propiedad de su perro amaestrado; pero esta alegría verdadera alegría de golondrinas, efímera como la primavera, es de poca duración, viniéndola á turbar negra nube que parece significar la ruina de los titiriteros y desde luego significa la de Puck, el payaso. Esa nube es la fuga de la bella Cecilia, que harta de andar de pueblo en pueblo, huye soñando con más positivos

triumfos y con vida más regalada.

Con este suceso termina el acto primero, y en el segundo nos encontramos en una gran capital y en un gran circo.

Nuestros viejos amigos, los titiriteros, han mejorado de posición y ascendido de categoría, y son ya artistas de mérito cuyos nombres llenan los carteles. Lina y Puck, el segundo más consolado á fuerza de cariñosos consejos de la primera, son ahora los que representan las pantomimas, en compañía de Juanito, á quien hallamos convertido en tonto del circo y en ídolo de las bailarinas. Puck, hace de Pierrot, Lina desempeña el papel de Colombina y Juanito es polichinela, un polichinela viejo é impertinente á quien su mujer engaña que es un primor. La felicidad parece sonreír á los antiguos artistas trashumantes; Puck ve sus pobres pantomimas aplaudidas gracias á la belleza y al arte de Lina, y ésta sueña con ver al fin un día correspondido su cariño en la realidad, como ahora lo ve en las farsas que ambos representan en la pista. La primavera ha vuelto para las pobres golondrinas...

Pero otra vez la nube turba su alegría. Cecilia, la que un día huyó del barracón en busca de fortuna y de placeres, ha sido contratada en el mismo circo, y se prepara su debut: el payaso la ve, y la ve acompañada por otro hombre; en su alma despierta el amor y nacen los celos, y desprendiéndose bruscamente de Lina, que quiere detenerlo corre tras la mujer que lo desprecia.

Al empezarse el acto tercero, es el día señalado para el debut de la ambiciosa Cecilia. Lina, con el corazón desgarrado por el desdén de Puck, pero más todavía por el desagrado de Cecilia hacia su padre, que guió sus primeros pasos en el arte, pretende consolarse descubriendo á los suyos el amor que siente hacia el payaso. Cecilia, por su parte, comprendiendo que le conviene estar á bien con todos y no crearse enemigos en la compañía, trata de reconciliarse con Lina, que la rechaza con noble dignidad. Más suerte tiene la pérfida con Puck. El desgraciado payaso, al verse á solas con ella, piensa en la venganza, en el crimen, y comprendiéndolo muy capaz de ello, Cecilia recurre al engaño, en que es maestra, y le miente palabras de amor, con las que le rinde y arrastra una vez más...



El caserío "Aguerre", en el término de Urnieta, en donde escribió Usandizaga la partitura de "Las Golondrinas"



Lina es presa de la desesperación al verlos marchar juntos; su amor, tan sincero como desinteresado, le parece más imposible que nunca, y al fin, como arrepentida de haberlo callado tanto tiempo, al ver volver á Puck se lo declara como lo hace un alma grande y buena, rechazándole primero, diciéndole que no le quiere, y acabando por abrirle su corazón. Pero ya es tarde. El payaso no ha podido sufrir por más tiempo el insultante desprecio de Cecilia, y acaba de estrangularla. Siempre honrado, siempre noble, no viene á que Lina le salve; viene á confesarle su crimen y á pedirle perdón.

—Soy—le dice—un infame; soy el más desdichado de los hombres.

Y Lina no sólo le perdona, sino que le jura no separarse nunca de él, mientras el mundo justiciero, indiferente á todas las pasiones que han intervenido en aquel drama de gente de circo, se apodera del payaso para entregarlo á la justicia.

Tal es la obra que Martínez Sierra con su inspirado libro y el joven maestro Usandizaga con su aplaudida partitura, han sabido retratar las amarguras y las tragedias que con frecuencia se ocultan bajo la máscara de alegría de los payasos y de los titiriteros.

BLASCO DE GARAY DESCUBRE LA NAVEGACION A VAPOR

(17 de Junio de 1543)

El invento de la navegación á vapor no es como se dice erróneamente, debido á Fisch ó á Fulton, que en el siglo XVIII construyeron buques de este género puesto, que en el XVI ya los había inventado un español.

El día 13 de Junio de 1543, un gentío inmenso se agolpaba en el puerto de Barcelona, deseoso de presenciar un prodigio: la marcha de un buque llamado *Trinidad*, sin velas ni remos, invención de un oficial de la marina, llamado Blasco de Garay.

El *Trinidad*, anclado en medio del puerto, mecíase orgulloso, dejando ver al exterior unas aspas gigantes, semejantes á las patas de un crustáceo, y que indudablemente habían de sustituir á los remos, movida por una complicada combinación de ruedas colocadas dentro del casco, en relación con una caldera de agua hirviendo.

La tripulación de este buque singular estaba constituida por el inventor y un timonel de su confianza, especie de estatua marmórea que, agarrada á la caña del timón, esperaba inmóvil y silencioso las órdenes de Blasco de Garay.

Mucho había tenido que luchar para que el emperador Carlos I ordenase se llevase á cabo la construcción de aquel artefacto y nombrase una comisión que presenciase las pruebas y le diese cuenta de su resultado.

Al estampido de un cañonazo, disparado desde la galeota que ocupaban los comisionados, y que era el único barco que con el *Trinidad* ocupaba el puerto, Blasco de Garay puso en movimiento aquel casco, al parecer dismantelado, haciéndole marchar en dirección á la galeota, virar á derecha é izquierda, como si saludase el pendón real, y emprender después gallardamente la marcha hasta la salida del puerto.

Los comisionados refirieron al rey que Blasco de Garay había realizado completamente lo ofrecido y que su invento era una cosa pasmosa que su-



primía el gasto de mucha gente y de muchos utensilios de á bordo, por lo que convenía darle medios de construir una escuadrilla; pero Rávago, jefe de la Comisión y tesorero mayor del Reino, aunque confesando el éxito del inventor, puso reparos á este consejo, aduciendo en contra lo complicado del organismo, la posibilidad de que la caldera reventase por no poder resistir mucho tiempo la fuerza del vapor, y que el barco no andaba más de una legua por hora y no llegaría á tanto cuando estuviese cargado.

La opinión de aquel mezquino ó envidioso ministro, pesó en el ánimo del emperador, y la escuadrilla no se hizo, si bien promovió á Blasco de Garay al empleo de capitán de alto bordo, mandando pagar todos los gastos con fondos de su real Tesoro y dándole un premio de dos millones de maravedises, equivalentes á 16.500 pesetas, cantidad muy considerable en aquellos tiempos y cuya cuantía probaba sobradamente que la invención era muy superior á las más extraordinarias de aquellos siglos.

Antonio P. Serrada



EL ANGELUS DE LA MONTAÑA

Anochece; el sol parece que va recostándose para dormir en el sueño de vigoroso obrero, sobre el horizonte que cual inmenso tálamo, le recibe con cariñosa mirada; desde allí despliega la gasa azul que recamada de mil variados astros, aparece sugestiva á los ojos del hombre, quedando en majestuosa soledad blanqueada por la luz divina de la luna.

Las carretas de bueyes guiados por campesinos baskongados vanse retirando entre el estridente ruido de sus ruedas y el rítmico aire, delicioso sonsonete del cantar de las montañas; numerosos rebaños de animales de varias especies son guiados por rústico guardián que los conduce al caserío; aquel esmalte multicolor que producían los fulgores de la luz sobre los verdes follajes de los árboles, sombrea cual rostro virginal orlado por negra mantilla; huyen los pájaros á sus escondrijos piando los últimos gorjeos como para cantar la triunfal entrada de la noche que se acerca; hasta las plantas y arbustos parecen que se inclinan unas sobre otras para pasar en amoroso coloquio que imponen el silencio de las tinieblas; los habitantes de nuestros vetustos caseríos terminan sus habituales tareas y se preparan al rezo de sentidas plegarias; allá lejos... oye-se el tañido débil de las campanadas de la Iglesia nuestra madre, que parece recogerlos cual ave á sus polluelos; en la soledad del valle su voz llama elocuentemente al campesino euskaldun; él responde con el enjugar del sudor de la frente que durante el día ha regado el bendito suelo de nuestra noble Euskaria; abandona sus trabajos y dirígese al seno de su familia honrada para rezar con ella en el habla más puro que de labios ha salido, la oración más encantadora que escuchan á diario las entrañas del hogar euskalduna, coro precioso, entrecortado con frecuencia por los soñolientos lloriqueos de los niños del viejo *baserrí*: el Angelus.

A medida que las campanadas con su corto sonar, van terminando, el reposo, la tranquilidad más plácida va enseñoreándose de los montes, senderos y contornos todos; y únicamente se advierte el concierto fascinador de la naturaleza, con el susurrar de la hoja en los jarales y el murmurio del agua en las regatas.....



PERSPECTIVAS BASKAS

ASTIGARRAGA

Navega el Sol en un cielo límpido, diáfano, exento de celajes. Sus rayos, cual tromba flamígera, desparrámase por los accidentes varios del terreno; reverberando en los planos de las fachadas caseriles, resbalándose en las plegaduras de los ruinosos tejados...

La plaza de Astigarraga está despoblada, inundada tan solamente de rayos de sol.

Frente á mis ojos, altiva, yérguese la mansión del Concejo. Su construcción presenta los caracteres de una arquitectura arcáica, medioeval. A su frontis asómanse, desolados, unos ventanales descomunales. Penden á lo largo de sus pisos dos oxidados balcones. El tejado, de forma triangular, ostenta en sus cornisas unas entalladuras caprichosas. Bajo ellas, huérfano de talla, vése un escudo de proporciones informes. Unos porches, separados entre sí por macizas y mugrientas pilastras, sustentan la base del edificio. Bajo ellos, de una lado para otro, corretean unos ágiles gizonos, haciendo botar contra las paredes graníticas, una pelota viva, elástica, que, al herir el muro, chasquea con un estampido estruendoso. Mézclanse con el restallar de los pelotazos las vociferaciones desentonadas de los pelotaris.

Está á un lado de la plaza una casa, separada únicamente de la concejil por un callejón tortuoso. A la puerta de dicha casa, sobre un banco, están sentados unos aitonas, paladeando con indecible fruición el zumo hervidor de una doradísima sagardúa. No muy lejos de dicha casa, algo alta, emplázase una sombreada alameda constituida por el trapecio irregular de cuatro frondosísimos castaños. Bajo ella, sin tregua, juguetea unos turbulentos tocalaris.

Es la toca que utilizan para efectuar su juego especial. Diferénciase de la generalidad de las tocas por su típica estructura. Su hoja es acerada, ancha y finísima. Cuando sobre ella cae la ficha, despierta al espacio un son vibrador, sonoro, melodioso, que afecta deliciosamente el oído de quien lo escucha. Deben ser afamados los tocalaris que la apuntan, pues retumba sin interrupción, pertinaz, rítmica, su hoja de acero.

En la parte opuesta de la plaza, formando hilera—truncada tan solo en su centro por la calle escaleril—alíneanse unas casas bajas, semejantes entre sí. Al pie de ellas, á lo largo de sus fachadas, corre sin interrupción una interminable pretil. Todo eso está cuajado de ropa blanca, que tendieron para que se secara, cara al sol, las robustas lavanderas.

Hay en medio de la plaza, relegadas, dos enormes piedras, anilladas, cuya finalidad en tiempos pretéritos, debió ser la de someter á prueba las fuerzas aunadas yuntas.

Juntas están, una próxima de otra. Ahora se enmohecen con las aguas del cielo. Durante el verano, sin embargo, tienen un aprovechamiento: sirven de mesa rústica á los comensales sidreros. ¡Cuántas “bacaladas”, cuántas sabrosas “salsas” habránse engullido cabe sus porosas moles!

Corretean por el recinto de la plaza bandas nutridas de gallinas. Alterna el cacareo hueco de las cluecas con el tímido, con el balbuciente piar de los “chitos”.

Más allá, al final de la plaza, dos mozalbetes eje-

cutan un juego triste, taciturno. Tiende mientras tanto una mujer su ropa en un balcón y, con voz adormida, canta una balada infantil. En la esquina de ua casa, de aquella misma que da acceso á otra callejuela empinada, entre dos pirámides de heno, bufa, medroso, un gatillo, que huye de las acometidas querenciosas que le proporciona un importuno dogo.

Deslízase, sosegada, la tarde. El disco diamantino del sol se oculta tras la mole del Ayuntamiento... La sombra de la noche va tendiéndose gradual, paulatinamente, por la superficie de la plaza. Suenan los pelotazos en la cavidad cóncava de las arcadas, alternados con el vociferar salvaje de las gargantas gizoniles. Un sacerdote, bastón en mano, contempla con semblante risueño el ejercicio de los pelotaris.

—¡Aurrera, mutil!, grita entusiasmado, procurando animar con ademanes briosos el contender incipiente de un voluntarioso muchachuelo.

Las inmediaciones de la sidrería animanse... Son ya las siete y van acudiendo al reclamo de la buena sidra, los inveterados sagardúos de la capital. Un olorcillo sabroso, de pescado frito, sahuma por completo el recinto de la plaza.

Los bebedores agloméranse, ansiosos, á la puerta de la sidrería, pugnando por penetrar en ella y apagar, con el néctar que expende, su sed.

Ya el banco atestóte de aitonas. Uno de ellos—popular sin duda, pues la multitud le rodea—ha empezado á formular una gangosa tonadilla. El “bersolari”, cantor basko, y, en lengua de Aitor, recita unos versos inspirados y chistosísimos. Sus oyentes, al final de cada una de sus monótonas salmodías, rompen en franca salva de carcajadas.

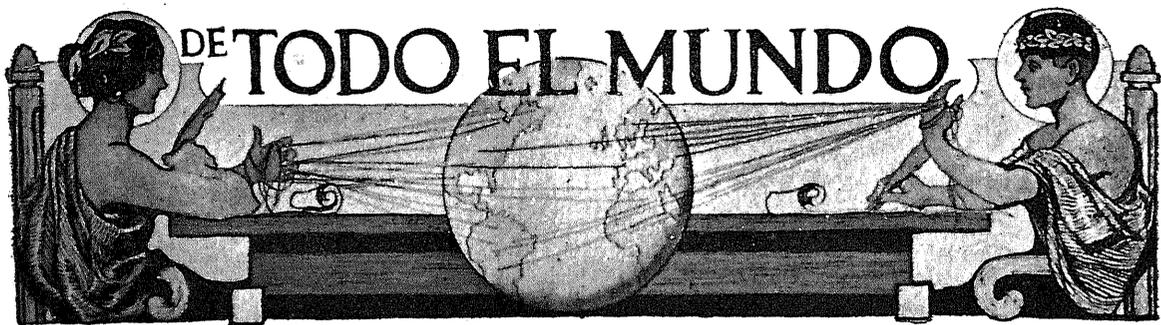
En la cúspide del campanario suena, de pronto, el tañido de una campana. Es la campana del atardecer que inicia, vigilante, la plegaria del Angelus.

¡Quién pudiera traducir ahora el encanto intenso, la calma hondísima, la paz bíblica que embarga á esa hora el pueblecillo de Astigarraga! Todo cuanto yo intentase decir, resultaría, sin remedio, pálido é incoloro ante la realidad.

Representaos un atardecer tranquilo, calmoso, de Agosto. La brisa aletargada por el ardor estival, ha enmudecido en los bosques. Los pájaros entumecidos por el relente precursor de la noche, cesaron sus gorjeos. Las gallinas, adormiladas, acogiéronse precipitadamente á sus corrales. Revientan en el ámbito de la plaza las risas de los merendantes. Bajo los arcos repercute con restallar cada vez más fuerte, el peloteo incesante de los gizonos. Continúa zumbando, en la umbrosidad de la alameda, la espiga melodiosa de la toca... Ondula en la lejanía la voz atiplada de un niño. Un perro, en algún accidentado barranco, ladra... En la reconditez de la selva, con canto hiposo, saluda el morir del día un solitario cuco. Y allí, en el alto espacio, en el punto en que convergen las nacaradas nubes con la alta espadaña parroquial van desgranándose solemnes, pausadas, las notas religiosas del rosario del Angelus...

J. Balletero

San Sebastián



Un médico enterrado vivo

En Maracaibo (Venezuela), ha ocurrido un caso terrible, que ha llenado de consternación á la sociedad venezolana.

Se trata de una persona ilustradísima, de lo más granado de la alta sociedad de Maracaibo.

Ha sido la víctima el doctor don Ricardo Parmião, rector de la Universidad Vicente León.

Una terrible fiebre tifoidea—según opinión facultativa de médicos sapientísimos,—postró en cama al doctor Parmião.

Este sufrió varios ataques, y en uno de ellos quedó muerto. ¡ Muerto!—exclamaron á coro los médicos:—y la familia doliente procedió á los preparativos para el sepelio, que debía verificarse el mismo día, como, en efecto, se verificó.

Al ser colocado el cuerpo del doctor Parmião en el ataúd, abrió dos veces las piernas y otras tantas le fueron cerradas por las personas que le amartajaron.

Esas personas sospecharon que el fenómeno obedecía á una contracción "post-mortem", y no dieron importancia al asunto.

Horas más tarde, el doctor Parmião descansaba para siempre en la tumba de la familia.

Por la noche, el sepulturero y vecinos de las cercanías del cementerio, oyeron gritos terribles, desconsoladores, de alguna persona que dentro del composanto decía:—¡Manuela! ¡Manuela!

Alguien de los que los gritos oyeron, suplicó al sepulturero que se aproximara á la tumba de donde parecían salir, pero aquel empleado, por miedo, se negó á ello, diciendo:—¿Que gritan los muertos? ¡Imposible! ¡Yo no me molesto ahora para nada!

Los gritos cesaron pronto.

Enterada del caso la familia doliente, hizo abrir al día siguiente la tumba donde fué enterrado el doctor Parmião, á quien encontraron entonces muerto de verdad, boca abajo, con las manos despedazadas y con melladuras en la cara, debido, seguramente, á los desesperados esfuerzos que hizo para salvarse.

El sepulturero ha quedado suspenso de empleo y sueldo.

La cura del reumatismo

En una sesión de la Academia de Medicina de París, el doctor Desandfort dió cuenta de un nuevo tratamiento para la curación del reumatismo, la gota y la ciática por medio de baños de cera sometida á una temperatura de 125 grados Fahrenheit.

Expuso en su comunicación el doctor Desandfort que él ensayó por sí mismo el tratamiento penetrando en una bañera que contenía 100 galones de cera hirviente, y en vez de sufrir quemaduras experimentó una sensación agradable.

Idéntico método fué experimentado con diversos enfermos del mismo mal, y con todos ellos obtuvo resultados inesperados.

Contra los mosquitos

Un agricultor de Tejas ha probado con excelente éxito un nuevo sistema de defensa contra los mosquitos, del cual se había tan sólo teóricamente afirmado la posibilidad; esto es, empleó como agentes destructores, los murciélagos, que son avidísimos por los mosquitos y devoran de ellos grandes cantidades. Puesto que para favorecer la difusión de tales mamíferos vertebrados voladores, basta protegerlos contra los numerosos enemigos que atacan su vida, el labrador en cuestión construyó á dicho objeto un refugio formado de pirámides de difícil acceso á todos los demás animales, y para atraer á los murciélagos, esparció en el interior los desechos depositados por sus congéneres.

La úlcera y el queso

Un médico americano, el doctor Jorge O. Williams, da cuenta de haber curado una úlcera varicosa muy extensa aplicando en ella repetidas veces... queso á la crema. Preparó una pasta mezclando queso no descremado con agua y nata fresca en cantidades iguales y amalgamando perfectamente el compuesto; luego, extendiendo esta pasta sobre pedazos de gasa, la aplicó á la llaga por modo de subirla toda, y renovó tal medicación tres veces al día. Esta cura de nuevo género resulta dolorosa al principio, pero después de poco más de una hora el sufrimiento se atenúa hasta cesar completamente; á las cinco horas la pasta ha desaparecido, absorbida por la superficie enferma. En veinte días, el doctor Williams se comprometió á curar cualquier úlcera varicosa sin que quede ni la cicatriz. Así lo dice el "Journal".

Seis maestros devorados

En la isla Mai Makura (Nuevas Hébridas) ha ocurrido un caso horroroso de antropofagia.

Seis maestros de escuela indígenas, pertenecientes a una misión educadora europea, han sido muertos por sus discípulos, los cuales se apresuraron a comérselos antes de que se descubriera el crimen.

Fenómeno curioso

El explorador Mawson ha observado un curioso fenómeno en las regiones antárticas.

Los remolinos de nieve empujados por el viento forman una especie de fuego de San Telmo. El efecto es el que produciría el ver flotando en el aire infinidad de llamas.

Durante la noche polar las orejas y las narices de los hombres aparecen circundadas por una luz azulada.

En cuanto a la aurora boreal, el doctor Mawson, que la ha estudiado de cerca; confirma la teoría de Birkland: Una corriente eléctrica que pasa por las capas superiores de la atmósfera, donde el aire está enrarecido hace el mismo efecto óptico que la luz producida dentro de un tubo de cuyo interior se ha extraído el aire.



HIGIENE CÁSERA

Los baños de los niños

La limpieza es tan necesaria como la buena alimentación, sobre todo para los niños, que no pueden soportar la suciedad sobre su piel, tan delicada y tan dulce.

Esta necesidad de la limpieza es reconocida de todas las madres; pero muchas no se deciden más que a ponerles ropitas nuevas y lavarlos; otras se contentan con desnudar al niño sobre sus rodillas y pasar por su cuerpecito una esponja, que no basta á librarlos de los residuos, de la transpiración que obstruyen los poros. Además, estos lavados ofrecen el peligro de que se declare una bronquitis ó una fluxión de pecho, pues siempre alguna parte del cuerpo queda descubierta y expuesta al aire, más ó menos frío de la habitación.

Lo práctico y recomendable son los baños diarios á una temperatura agradable, logrando vencer la repugnancia que los niños sienten por el agua. No hay mejor que el baño para facilitar la dentición y disminuir la tendencia á las congestiones cerebrales.

No se debe, sin embargo, exagerar. El agua fría es peligrosa para los niños pequeños y para los débiles, cuyos organismos carecen de energía para entrar pronto en reacción. Inútil será advertir, en caso de que se empleen con niños ya mayorcitos sanos y fuertes, que cada loción fría ha de ir seguida de una fricción fuerte con la tohalla bien seca para favorecer la reacción.

Hasta aquí hemos hablado de los baños simples co-

mo cuidado que exige la limpieza infantil; á veces el estado de salud requiere los baños compuestos, que necesitan la prescripción facultativa; pero se ve con frecuencia que las madres suelen administrarles sin receta los baños emolientes, los aromáticos y los salados.

Para los niños pequeños, en particular, se hace un verdadero abuso de los baños emolientes; hay madres que no bañan á su hijo si no ponen almidón en el agua. Esta práctica es muy perjudicial, porque esos baños debilitan y aumentan la tendencia al linfatismo, ya tan grande entre los niños de las ciudades. Los baños emolientes deben ser sólo reservados para el caso de afecciones cutáneas ó para calmar una excitación nerviosa.

A los niños débiles y delicados, en vez de los baños emolientes, les conviene los baños aromáticos ó salados, que los fortifica. Para esto se añade al agua de la bañera un cocimiento de plantas aromáticas como laurel, orégano, layanda, romero, etc.

Los baños salados son favorables á los niños linfáticos, raquíuticos, que se desarrollan de un modo incompleto, y más todavía á los niños escrofulosos. Se deben poner, por lo menos, 250 gramos de sal común para un baño de niño, y en estas condiciones ejercen una acción verdaderamente fortificante sobre su constitución.

Pero así como el baño de limpieza de agua pura, á temperatura agradable, cuidando de que el niño no se halle haciendo la digestión y que no se enfríe, para lo cual la habitación en que se le desnude debe tener una temperatura dulce, son prescripción general para todo niño que no esté enfermo, los baños compuestos, que tienen algo de medicinal, no deben jamás aplicarse sin prescripción facultativa.



Partido internacional de pelota

En Montevideo ha constituido un acontecimiento el partido internacional de pelota realizado el domingo 10 del actual en el "Círculo de Armas", patrocinado por el Comité de Damas de la Euskal Echea de la bella capital uruguaya.

La solicitud de la Comisión de Damas fué gentilmente concedida por el "Círculo de Armas" uruguayo y por la Sociedad "Laurak Bat" de Buenos Aires, en cuya gestión medió el señor Luis Samperio.

El Consejo Directivo de la sociedad Euskal-Erria y muchos asociados, ofrecieron un almuerzo á los amateurs del "Laurak Bat" de Buenos Aires, y á los del Círculo de Armas en el restaurant Internacional de Villa Colón, cuyo acto resultó verdaderamente fraternal.

Al destaparse el champagne, ofreció la demostración el señor Nicolás de Inciarte, expresando la significación fraternal que encarnaba aquella reunión, y en términos apropiados á aquel ambiente exteriorizaron sus sentimientos los señores Perea, Parra-bere, Casamayor y Rodríguez Bergeot, clausurando

los brindis el señor Nicolás Martínez en un tono de acentuado baskofilismo, haciéndose acreedor al final á una gran salva de aplausos.

Después, los comensales de pie, corearon el himno de nuestras libertades.

Al regreso, se entonaron en el trayecto cantos euskaldunas.

Pocos momentos después de llegar al "Círculo de Armas", que estaba engalanado con gran gusto, se dió comienzo al anunciado torneo de nuestro sport.

El primer partido se inició con los acordes de los chistularis que ejecutaron alegres aires de nuestras montañas.

Contendían Manuel Samperio y Julián Amundarain, azules, del Laurak Bat, contra Domingo Apeteguy y Juan Carlos Lamolle, rojos, del Círculo de Armas. Y como jueces actuaban los señores Nicolás Inciarte, Federico Perca y Luis Samperio.

Numeroso público presenciaba el partido, que era á share.

Ambas parejas se afanaban por salir airosas del torneo. Desde los 20 tantos comenzó á ser reñido é interesante, y el público aplaudía con entusiasmo, lo mismo á unos que á otros.

El segundo partido lo jugaron los señores: doctor Domingo Bordaberry y Luis San Martín, rojos, por el "Círculo de Armas", contra Vicente del Río y Cándido Amorós, azules, del "Laurak Bat" cuya presencia en la cancha provocó cariñosas palmadas.

De igual manera, la gran concurrencia aplaudía sin preferencias las destrezas de los pelotaris.

Ganaron los orientales.



Al terminar los partidos, en los salones del "Círculo de Armas" se improvisó una animada fiesta, en la que tomaron parte los jóvenes barítonos Alberto Irazu y Emilio Amorós, que acaban de ser becados por el gobierno argentino para terminar sus estudios en Europa.

Después una orquesta ejecutó varios números que entretuvieron agradablemente a los concurrentes.

Entre las familias asistentes figuraban las de Inciarte, Goñi, Guerra, Bercetche, Gascue, Gortari, Torres, Cortabarría, Aznárez, Usher, Conde, Artagaveitia, Rethen, Iriart, Revuelta, Bravo, Bargo, Molina, Lizarazú, Eyheragaray, Moliga, Gastambide, Imenarrieta, Pintado, Estevan, Turienzo Aguirre, Novoa, Echevest, Chutta, París, Betancour, Ramos, Zalacain, Larrainzar, Iraizos y otras muchas. Juanotena, Coñas, Apestegui, Lizarazú, Erassun, Zuzquilde, Garmendia Caminos, Sastria, Bargo, Echevest, Etchebarne, Corvo, Leguizamón, Aizcorbe, Berroa, Frantchez, Sánchez, Irigoyen, Martínez, Pellet, Madoz, Noziglia, Mac Lean, Leoniz, San Martín, Erice, Paradizabal, Rassignier, Bidart, Sabat,

Por la noche, los delegados fueron afectuosamente atendidos, embarcándose en seguida de regreso en el vapor "Londres".

La Comisión de Damas, ha visto realizada su iniciativa con el mejor de los éxitos.

Centro Basko-Francés

Asociándose a la fiesta patria argentina, esta sociedad celebrará un baile en sus salones de la calle Moreno, la noche del 24 del corriente.

Dr. Manuel Arana

Después de una larga enfermedad, dejó de existir en esta ciudad el doctor Manuel Arana, apreciable caballero vinculado a familias de nuestra sociedad.

Contaba 58 años de edad. El año 1878 se graduó de doctor en jurisprudencia; fué profesor del Colegio Nacional, durante el rectorado del doctor Amanacio Alcorta, y profesor suplente de introducción al derecho en la Facultad de Buenos Aires hasta el año 1889. Luego se dedicó a su profesión por espacio de treinta años. Ultimamente se había consagrado a las tareas rurales, y formó un establecimiento modelo en el partido del Saladillo.

La Economía Comercial

Esta antigua compañía de seguros ha celebrado asamblea de accionistas, para dar a conocer la memoria y balance presentados por el directorio, correspondiente al vigésimo quinto ejercicio.

Informa aquélla que el aumento de las empresas similares, que constantemente vienen a engrosar el número de los aseguradores, así como la depresión general de tratar los negocios en la actualidad, han reducido el monto de los ingresos por concepto de incendios, etc.

Así en el último ejercicio estas sumas ascienden a 511.378.51 pesos y los siniestros a cargo de la compañía por 50.942.13 pesos.

Las utilidades del año suman 179.579.537.22 pesos, de los que se deducen 106.708.72 pesos por diversos conceptos, para quedar un saldo de 72.828.50 pesos, cuya distribución se hace como sigue: 10 por ciento al fondo de reserva, 8 por ciento al directorio, 2 por ciento al iniciador y 15 por ciento como dividendo a los accionistas, pasando pesos 4.401.55 a cuenta de nuevo ejercicio.

Enfermo

Continúa siendo delicado el estado del señor Pedro Antín y Olabe, aunque dentro de la gravedad parece que se ha producido una ligera mejoría.

Enlace

En la mayor intimidad se realizó anoche en casa de la familia de la novia, el enlace de la señorita Dominga Lucía Durañona con el señor Eulogio Goñi.

Actuaron como padrinos la señora Joaquina A. de Goñi y el señor Aristóbulo Durañona.

Accidente ferroviario

En la Estación Palermo del Ferrocarril al Pacífico ocurrió días pasados un accidente que costó la vida a un buen hombre.

A las 6.30 José Etcheberry, al ir a cruzar las vías a la altura de la calle Güemes, fué apretado entre los paragolpes de dos vagones.

Etcheberry, que era basko, natural de Urruña, radicado en esta ciudad, sufrió lesiones internas tan graves que falleció casi en el acto.

Viajeros

Han llegado de Bilbao, en el vapor "León XIII": Mario Ibáñez, Consuelo de Yáñez, F. Sologuestua y José Salaberri.

Acaba de llegar: el señor Julián Ajuria, conocido empresario de artículos cinematográficos.

—Se han embarcado con igual destino:

Lucas M. Cendoya, Maximiliano Laiseca y señora, Bautista Iburguren, Jacobo Elissalt, Antonio Imaz, Pedro y Pedrito Acheriteguy, Juan Hourquebie, Antonio Garmendia y señora, María y Juana Garmendia, Alejandro Larrañaga y señora, Julia, Lorenza y Emilio Larrañaga, Lucio Cortabarría, Juan Gorostiaga y señora, Juan y Ricargo Gorostiaga, Martín Caritat y señora, Juan Echegoin, José Lagarde y señora, Julián Magendie y señora, Laura Etchecopar, Idiartborda, Martín Lissarrague, Antonio Larumbe, Leandra Larumbe, Bernardo Navarlatz y señora, Antonio Navarlatz, María Elena, Navarlatz, Luis María Narvalatz, Hermana María Josefa, Juan Artigue y señora, M. Arzaguet, María E. de Augé, María M. Mocochoa.

Defunciones

Han dejado de existir en esta ciudad:

La señora Teresa Berragain de Gorritepe, madre del actual presidente de la "Euskal Echea"; Pedro Elizalt, Ansaldo Irigoyen, Jerónimo Elorduy, Martín Aristimuño, Felisa A. de Iturrioz, Manuela B. de Iribarren, Paula Zárate.

En San Justo: Don Alejandro Harguindegui.

En Carmen de Areco: Don Ruperto Stefanía.

En General Paz: Don Francisco Arecha.

En Montevideo: Don Rafael Salaberri, Petrona Urizberea de Echebarria y Bernarda Machicote.

La salud del municipio

Según los datos registrados en el boletín de la administración sanitaria y Asistencia Pública, la salud del municipio es inmejorable en comparación con la misma época del año anterior.

Se observa una considerable disminución en los casos de tuberculosis, lo que no deja de ser halagüeño.

El resumen del boletín es el siguiente:

Enfermos denunciados: Tuberculosis 6, escarlatina 2, sarampión 1, fiebre tifoidea 9, difteria 10. Total: 28.

Fallecidos: Tuberculosis 36, fiebre tifoidea 10, difteria 12, coqueluche 1. Total: 59.